

PALABRAS PARA EL GANADOR DE ALMAS

Contenido

1. La importancia de un ministerio viviente	3
2. Autenticidad de la vida y el andar del pastor	7
3. Defectos del pasado.....	12
4. Confesión ministerial	16
5. Avivamiento en el ministerio.....	29

© Copyright 2008 Chapel Library. Impreso en los EE.UU. Se otorga permiso expreso para reproducir este material por cualquier medio, siempre que 1) no se cobre más que un monto nominal por el costo de la duplicación, 2) se incluya esta nota de copyright y todo el texto que aparece en esta página.

A menos que se indique de otra manera, las citas bíblicas fueron tomadas de la Santa Biblia, Reina-Valera 1960.

En los Estados Unidos y en Canadá para recibir ejemplares adicionales de este folleto u otros materiales cristocéntricos, por favor póngase en contacto con

CHAPEL LIBRARY
2603 West Wright Street
Pensacola, Florida 32505 USA
chapel@mountzion.org • www.ChapelLibrary.org

En otros países, por favor contacte a uno de nuestros distribuidores internacionales listado en nuestro sitio de Internet, o baje nuestro material desde cualquier parte del mundo sin cargo alguno: www.ChapelLibrary.org

*No desperdicie el hombre el tiempo. La vida es corta
Y el pecado presente está.
Nuestra vida no es más que una hoja que al suelo flota
Una lágrima que brota.
No tenemos tiempo para perder
En un mundo como el nuestro, todo serio tiene que ser.*

*Muchas vidas no tenemos, sino sólo una,
Una, sólo una;
Cuán sagrada esa vida debe ser
¡En este breve acontecer!
Día tras día de sagradas acciones rebosantes
Hora tras hora con una cosecha muy abundante.*

Capítulo 1

LA IMPORTANCIA DE UN MINISTERIO VIVIENTE

“¡CUÁNTO MÁS afectarían al ministerio unos pocos hombres buenos y fervientes que una multitud de siervos tibios!” dijo Oecolampadius, el reformador suizo, un hombre que enseñó basado en la experiencia, y que dejó por escrito su experiencia para beneficio de otras iglesias y otros tiempos.

La mera multiplicación de hombres que se llaman a sí mismos ministros de Cristo de poco sirve. Pueden no ser más que “obstáculos en el camino”. Pueden ser como Acán, que causó problemas para el pueblo, o quizá como Jonás, que levantó la tempestad. Aun cuando su doctrina es buena, por su incredulidad, su tibieza y formulismo indolente, pueden hacer un daño irreparable a la causa de Cristo, paralizando y secando toda la vida espiritual a su alrededor. El ministerio tibio del que es ortodoxo en teoría con frecuencia resulta en una ruina más extensa y fatal para las almas que el ministerio de uno que es groseramente inconstante o un hereje flagrante. “¿Qué hombre en el mundo es un zángano más pernicioso que un pastor ocioso?” dijo Cecil. Y Fletcher bien dijo que “los pastores tibios hacen cre-

yentes negligentes”. ¿Puede la multiplicación de tales pastores, cualquiera sea su número, ser contada como una bendición para un pueblo?

Cuando la iglesia de Cristo, en todas sus denominaciones, regresa al ejemplo primitivo, y, caminando en las huellas apostólicas, busca imitar más a los modelos inspirados, sin permitir que nada que sea de la tierra se interponga entre ella y su Cabeza viviente, entonces pondrá más atención en los hombres a quienes les confía el cuidado de las almas, sin importar lo erudito y capaces que sean, sino asegurándose de que se distingan por su espiritualidad, celo, fe y amor.

Al comparar a Baxter con Orton, el biógrafo del primero comenta que: “Baxter hubiera revolucionado al mundo con fuego, mientras que Orton encendía un cerillo.” ¡Cuán cierto! Pero no sólo cierto acerca de Baxter o de Orton. Estos dos señores representan a dos clases de pastores en la iglesia de Cristo en cada era y en cada denominación. Los últimos son mucho más numerosos: se pueden contar a los “Orton” por centenares, a los “Baxter” por decenas; no obstante, ¿quién no preferiría un ejemplar solitario de este último a mil de los otros?

La sinceridad ardiente de Baxter

“Cuando hablaba de temas importantes sobre el alma”, dice uno de los contemporáneos de Baxter, “uno veía a su espíritu empapado de esos temas”. ¡Con razón era bendecido con un éxito tan formidable! Los hombres que lo escuchaban sentían que estaban en contacto con alguien que reflexionaba profundamente sobre las realidades del momento infinito.

Este es uno de los secretos de la fuerza ministerial y del éxito ministerial. Y quién puede decir cuánta de la desbordante infidelidad del presente se debe no sólo a la falta de instructores espirituales –no meramente a la existencia de los escandalosamente infieles e inconstantes-- sino a la frialdad de muchos que tienen la reputación de ser formales y fieles. El hombre no puede menos que sentir que si la religión vale algo, vale todo; que si demanda alguna medida de celo y calor, esto lo justifica en un máximo grado; y que no hay un punto medio entre el ateísmo irresponsable y el más intenso calor del celo religioso. Muchos desdennan, detestan, se burlan, persiguen a esto último, mientras sus conciencias les están recordando silenciosa y constantemente que si acaso hay un Dios y un Salvador, un cielo y un infierno, cualquier cosa menos que una vida y un amor tal ¡son hipocresía, deshonestidad, perjurio!

Por lo tanto, la lección que aprenden de los discursos sin vida de la clase a la cual nos estamos refiriendo es que, ya que estos hombres no creen las doctrinas que predicán, no hay necesidad de que los oyentes las creen. Si los pastores las creen únicamente porque por ellas se ganan la vida, ¿por qué los que no ganan nada con ellas van a tener escrúpulos en cuanto a negarlas?

“La predicación imprudente”, dijo Rowland Hill, “disgusta, la predicación tímida pone a dormir, la predicación audaz es la única predicación que le pertenece a Dios”.

No es meramente la fe poco sólida, ni la negligencia en los deberes, ni la inconstancia manifiesta de la vida lo que destruye la obra pastoral y arruina las almas. Uno puede estar libre de cualquier escándalo en cuanto a sus creencias o su conducta, y aun así ser un obstáculo serio para el bien espiritual de su congregación. Puede ser una cisterna seca y vacía, a pesar de su ortodoxia. Puede ser una vida helada o condenada en el preciso momento en que está hablando del camino de vida. Puede estar alejando a los hombres de la cruz mientras la proclama con sus palabras. Puede estar interponiéndose entre su rebaño y la bendición aun cuando está, exteriormente, levantando su mano para bendecirla. Las mismas palabras que de labios cálidos caerían como la lluvia, o destilaría como el rocío, brotan de sus labios como nieve o granizo, enfriando todo calor espiritual y arruinando toda vida espiritual. ¡Cuántas almas se han perdido por falta de sinceridad, falta de seriedad y falta de amor de parte del predicador, aun cuando sus palabras han sido valiosas y ciertas!

Nuestro único objetivo: Ganar almas

Damos por sentado que el objetivo del ministerio cristiano es convertir a los pecadores y edificar el cuerpo de Cristo. Ningún pastor fiel puede hacer menos. El aplauso, fama, popularidad, honra, riqueza –todo esto es vano. Si las almas no son ganadas, si los santos no maduran, nuestro ministerio es vano.

Por lo tanto, la pregunta que cada uno tiene que contestarle a su propia conciencia es: “¿Ha sido el propósito de mi ministerio, ha sido el anhelo de mi corazón ganar a los perdidos y guiarlos para que sean salvos? ¿Es la meta de cada sermón que predico, de cada visita que realizo? ¿Para esto es que oro y trabajo y ayuno y lloro? ¿Es bajo la influencia de este sentimiento que continuamente vivo, camino y hablo? ¿Para esto es que trabajo y me agoto, contando, junto con la salvación de mi propia alma, mi gozo principal ser el instrumento para que otros sean salvos? ¿Para esto es que existo? Para lograr esto, ¿moriría con gusto? ¿He visto el agrado del Señor prosperando mi mano? ¿He visto almas convertidas bajo mi ministerio? ¿Ha encontrado el pueblo de Dios refrigerio por mis palabras yéndose por su camino gozoso, o no he visto ningún fruto a mis labores y me contento con no ser bendecido? ¿Estoy satisfecho con predicar, y no saber que he hecho una impresión para salvación, ni he despertado a un pecador?

Nada que no sea un éxito positivo puede satisfacer al verdadero ministro de Cristo. Sus planes pueden avanzar sin problemas y su maquinaria externa puede funcionar sin pausa, pero sin que haya el fruto real de la salvación de las almas, lo demás no tiene ningún valor. Su sentir es: “Hijitos míos...

vuelvo otra vez a estar de parto de vosotros, hasta que Cristo sea formado en vosotros” (Gálatas 4:19). Y es este sentir lo que le brinda el éxito.

“Los pastores” dijo Owen, “raramente son honrados con el éxito a menos que estén continuamente apuntando a la conversión de los pecadores. La resolución de que en el poder del Señor y con su bendición no carecerá de éxito, lo asegura. Es el hombre que se ha decidido enfrentar cualquier dificultad, que ha contado el costo, y, poniendo sus miras en el premio, ha determinado luchar hasta conseguirlo —este es el hombre que vence”.

La apatía del pasado ha desaparecido. Satanás ha tomado el campo activamente, y es mejor encararlo de frente. Además, la conciencia de los hombres realmente está inquieta. Dios parece estar luchando con ella extensivamente, como antes del diluvio. Un hálito del Espíritu Divino ha pasado sobre la tierra, y de allí el carácter trascendental de estos tiempos, al igual que la necesidad de mejorarlos mientras duren.

El único verdadero lugar de descanso o meta donde la duda y el cansancio, el aguijón de una conciencia intranquila y los vivos deseos de un alma insatisfecha pueden ser acallados, es Cristo mismo. No la iglesia, sino Cristo. No las doctrinas, sino Cristo. No los formulismos, sino Cristo. No las ceremonias, sino Cristo: Cristo el Dios-hombre, que dio su vida por la nuestra, sellando el pacto eterno y haciendo las paces para nosotros a través de la sangre en su cruz; Cristo, el depósito divino de toda luz y verdad, “en el cual están escondidos todos los tesoros de sabiduría y conocimiento” (Colosenses 2:3). Cristo el vaso infinito, lleno del Espíritu Santo, el Iluminador, el Maestro, el que despierta, el Consolador, de modo que “de su plenitud tomamos todos, y gracia sobre gracia”. Él, sólo él es el refugio del alma atribulada, su roca sobre la cual edificar, su hogar para vivir hasta que el gran tentador sea amarrado y cada conflicto haya terminado en victoria.

Hacer frente a la “opinión” con la verdad

Hagamos frente, pues, a este “fervor” que es ahora el orgullo, pero que bien puede ser, a la larga, la ruina de esta generación, con aquello que es lo único que puede aquietar el pulso afiebrado, y tranquilizarlo hasta tener una calma bendita: el evangelio de la gracia de Dios. Todas las demás cosas son opios, drogas, falsas curas: esta es la medicina divina, esta es la única, rápida y eterna cura. No es mi “opinión” lo que tenemos que hacer frente con “opinión”, es la verdad de Dios lo que tenemos que empuñar, y aplicar el filo de la “espada del Espíritu” a las teorías de los hombres (que éstos orgulloosamente llaman sus “opiniones”), hacerles sentir qué telaraña de falsedades y locuras han estado tejiendo para su propio enredo y ruina.

No son opiniones lo que necesita el hombre: necesita la Verdad. No es teología: es Dios. No es religión: es Cristo. No es literatura y ciencia, sino el conocimiento del amor gratuito de Dios manifestado en el regalo de su Hijo unigénito.

“No sé”, dice Richard Baxter, “lo que los demás piensan, pero por mi parte estoy avergonzado por mi estupidez, y me pregunto cómo es que no trato a mi alma y las de los demás como alguien que espera al gran día del Señor, y que puedo dar cabida a casi cualquier otro pensamiento y palabra, y que asuntos tan formidables no absorban totalmente mi mente. Me sorprende de que puedo predicar acerca de ellos trivial y fríamente, y cómo puedo dejar a los hombres solos en sus pecados, y que no me acerco a ellos, y les ruego, en el nombre del Señor, que se arrepientan, sin importar el dolor o las tribulaciones que me costaran.

“Rara vez me retiro del púlpito sin que mi conciencia me redarguya porque no he sido más serio y ferviente. Me acusa no por la falta de estética y elegancia, ni porque dijera alguna palabra ordinaria, sino que me pregunta: ‘¿Cómo puedes hablar de vida y muerte con semejante corazón? ¿Cómo puedes predicar del cielo y del infierno de un modo tan indolente y aburrido? ¿Crees lo que dices? ¿Hablas en serio o en broma? ¿Cómo puedes decirle a la gente lo que es el pecado, y hablar de su sufrimiento presente y futuro, y no sentirte más afectado por ello? ¿No deberías llorar por estas personas, y no deberían tus lágrimas interrumpir tus palabras? ¿No deberías hablar a viva voz y mostrarles sus transgresiones y rogarles y suplicarles que reflexionen seriamente en la vida y la muerte?’

“Ciertamente este es el campanazo que la conciencia hace sonar en mis oídos, no obstante mi alma soñolienta no despierta. ¡Oh, qué temible es un corazón insensible y endurecido! ¡Oh Señor, sálvanos de la plaga de la infidelidad y la dureza de corazón, porque de otra manera, ¿cómo vamos a salvar a otros de esto mismo? ¡Oh, obra en nuestra alma lo que quieres usar para que nosotros obremos en el alma de los demás!”

Capítulo 2

AUTENTICIDAD DE LA VIDA Y EL ANDAR DEL PASTOR

Salvado y santificado

EL PASTOR AUTÉNTICO tiene que ser un cristiano auténtico. Tiene que ser llamado por Dios antes de poder llamar a otros a Dios. El apóstol Pablo lo dice de este modo: “Dios... nos reconcilió a sí por Cristo; y nos dio el ministerio de la reconciliación” (2 Corintios 5:18). Primero, ser reconciliado, y luego recibir el ministerio de la reconciliación. ¿Estamos reconciliados nosotros los pastores? Es razonable que el hombre que actuará como guía espiritual de otros conozca él mismo el camino de salvación. Se ha

dicho con frecuencia que “el camino al cielo ha sido bloqueado por profesores muertos”; pero, ¿no es cierto también que la triste obstrucción no está compuesta solamente de miembros de las iglesias? ¡Consideremos nuestra propia condición!

Como la vida del pastor es más que en un sentido la vida de un ministerio, digamos algunas palabras acerca de la vida pastoral santa.

Busquemos a Dios temprano. “Si mi corazón está sazonado temprano con su presencia, tendrá sabor a él el resto del día”. Veamos a Dios antes que a los hombres todos los días. “Debiera orar antes de ver a nadie. Con frecuencia, cuando duermo demasiado, o me encuentro temprano con otras personas, y luego tengo la oración familiar y el desayuno y visitas en la mañana, son las once o doce antes de empezar mis oraciones a solas. Éste es un sistema terrible. No es bíblico. Cristo se levantaba antes del amanecer, e iba a un lugar solitario... Las oraciones familiares pierden mucho poder y dulzura, y no les puedo hacer bien a los que vienen y me buscan. Me remuerde la conciencia. El alma, no se ha alimentado, la lámpara no se ha preparado. Luego, cuando por fin comienzo la oración a solas, el alma no está en armonía. Siento que es mejor comenzar con Dios, ver su rostro primero, para acercar mi alma a él antes de acercarme a otros... Es mejor tener una hora a solas con Dios antes de emprender cualquier otra cosa. A la misma vez, tenemos que cuidarnos de no contar nuestra comunión con Dios en minutos u horas, sino en soledad.” (McCheyne)

Escuchemos a este auténtico siervo de Cristo exhortando a un hermano amado: “Asegúrate de que tu primera y mayor atención sea a tu propia alma. Sabes que un cuerpo sano puede trabajar con poder, mucho más un alma sana. Mantén una limpia conciencia a través de la sangre del Cordero. Mantén tu comunión íntima con Dios. Procura parecerte a él en todas las cosas. Lee la Biblia primero para tu propio crecimiento, luego, para tu congregación.”

“Con él,” dice su biógrafo, “el comienzo de toda labor consistía invariablemente de la preparación de su propia alma. El precursor de las visitas de cada día era el momento tranquilo de devoción privada en las horas de la mañana. Las paredes de su cuarto eran testigos de sus oraciones de sus lágrimas al igual que sus clamores. El sonido agradable de los salmos con frecuencia brotaba de su cuarto a una hora temprana, seguido de la Palabra para su propia santificación: y pocos han percibido plenamente la bendición del primer salmo.” ¡Ojalá así fuera con todos nosotros! “La devoción”, dijo el Obispo Hall, “es la vida de la religión, el alma misma de la piedad, la más elevada expresión de la gracia”. Hemos de temer que “somos débiles en el púlpito porque somos débiles en la cámara de oración”.

“Andar con Dios”

“A fin de restaurar una verdad común a su brillo inicial poco común, hay que convertirla en acción”, escribe el Sr. Coleridge. Andar con Dios es

una verdad muy común. Al convertir esta verdad en acción --¡qué brillantez adquiere! ¡La frase, qué trillada! --¡La realidad, qué excepcional! Es tal andar --no un ideal abstracto, sino una personalidad, una vida-- lo que el lector es invitado a contemplar. ¡Oh, que nos dedicáramos muy en serio a esta obra excepcional de convertir la palabra en acción!

Se ha dicho del enérgico, piadoso y exitoso John Berridge que “la comunión con Dios era lo que se imponía en las últimas etapas de su ministerio. Era, realmente, su comida y bebida, y el banquete del cual nunca parecía retirarse”. Esto nos muestra el origen de su gran fortaleza. Si estuviéramos siempre sentados en este banquete, entonces podría quedar registrado acerca de nosotros por mucho tiempo, como quedó registrado de él: “En el primer año fue visitado por unas mil personas que recibieron un serio impacto espiritual.”

Estudie al orador, no al sermón

Señalaríamos más a los hombres que a su doctrina cuando alguien pregunta: ¿Cómo lograron sus éxitos? ¿Por qué no podemos nosotros tener el mismo éxito? Tomamos los sermones de Whitefield o de Berridge o de Edwards para estudiarlos o para usarlos como modelo, pero son los individuos mismos los que tenemos que tomar como principal ejemplo; el espíritu de estos hombres, más que sus obras, es de lo que tenemos que empaparnos si hemos de imitar un ministerio tan poderoso y victorioso como el de ellos. Estos eran hombres espirituales, y caminaban con Dios. Es la comunión viviente con un Salvador viviente, lo cual nos transforma a su imagen, y nos capacita para que podamos ser ministros competentes y exitosos del evangelio.

Sin esto, ninguna otra cosa da resultado. Sin esto, ni la ortodoxia, ni el aprendizaje, ni la elocuencia, ni el poder de los argumentos, ni celo, ni fervor logrará nada. Es esto lo que da poder a nuestras palabras y persuasión a nuestros argumentos, haciéndolos el bálsamo de Gilead para el espíritu herido o como flechas afiladas del Poderoso a la conciencia del rebelde acérrimo. Parece emanar de los que caminan con él en una relación santa y feliz, una virtud y fragancia bendita dondequiera que van. La cercanía a él, la intimidad con él, la asimilación de su carácter --estos son los elementos de un ministerio poderoso.

Cuando podemos decirle a las personas: “Hemos contemplado su gloria, y por lo tanto podemos hablar de ella; no hablamos de algo que nos han contado, sino que hemos visto al Rey en su gloria” --¡qué majestuosa la posición que ocupamos! ¡Nuestro poder para atraer a los hombres a Cristo brota principalmente de la plenitud de nuestro gozo personal, y la intimidad de nuestra comunión personal con él! El rostro que más refleja a Cristo, y más brilla con su amor y gracia, es el más capacitado para atraer la mirada de un mundo indiferente y aturdido, y ganar a almas inquietas apartándolas de las fascinaciones del amor mundano y belleza mundana. El ministerio

llo de poder tiene que ser el fruto de una intimidad santa, serena y amante con el Señor.

La fidelidad es esencial para lograr el éxito

“La ley de la verdad estuvo en su boca, e iniquidad no fue hallada en sus labios: en paz y en justicia anduvo conmigo, y a muchos hizo apartar de la iniquidad” (Malaquías 2:6). Observemos la relación que este versículo declara que hay entre la fidelidad y el éxito en la obra del ministerio, entre una vida piadosa y el “apartar de la iniquidad” a muchos. El propósito por el cual nos dedicamos al ministerio, según lo declaramos cuando fuimos ordenados, era salvar almas; el propósito por el cual todavía vivimos y trabajamos es el mismo, los medios para lograr este fin son una vida santa y un cumplimiento fiel de nuestro ministerio.

La relación entre estas dos cosas es cercana y segura. Tenemos el derecho de depender de ella. Somos llamados a orar y trabajar con la expectativa segura de que se cumplirá, y donde no se cumple, examinémonos a nosotros mismos con toda diligencia, no sea que la causa del fracaso se encuentre en nosotros mismos, en nuestra falta de fe, amor, oración, celo y calor, espiritualidad y santidad de vida, porque por éstos es que el Espíritu Santo se entristece y no da fruto. El éxito es posible, el éxito es lo que deseamos, el éxito es prometido por Dios, y nada en el mundo puede ser más amargo para un ministro fiel que carecer de él. Caminar con Dios, y ser fieles a nuestra misión es la manera segura de obtenerlo. ¡Oh, cuánto depende de la santidad de nuestra vida, lo consecuente de nuestro carácter, lo celestial de nuestro andar y conversación!

Nuestra posición es tal que no podemos permanecer neutrales. Nuestra vida no puede ser de inofensiva oscuridad. Tenemos que repeler o atraer -- ¡salvar o arruinar almas! ¡Entonces, qué fuerte el llamado, qué poderosa la motivación a la espiritualidad del alma y la circunspección de la vida! ¡Qué solemne la advertencia en contra de una mente mundana y la vanidad, contra la liviandad y frivolidad, contra la negligencia, la pereza y el formulismo frío!

Entre todos los hombres, el ministro de Cristo es llamado especialmente a caminar con Dios. Todo depende de esto: su propia paz y alegría, su propia recompensa futura en la próxima venida del Señor. Pero en un modo especial Dios señala a esto como la manera verdadera y segura de lograr la bendición. Éste es el gran secreto del éxito pastoral. El que camina con Dios refleja la luz de su rostro en un mundo en tinieblas; y cuánto más cerca camina, más de esta luz refleja. El que camina con Dios tiene en su porte y su rostro una dulce serenidad y un gozo santo que difunde serenidad todo alrededor. El que camina con Dios recibe e imparte vida dondequiera que va, como está escrito: de él “ríos de agua viva correrán” (Juan 7:38). No es sólo la luz de mundo sino la fuente del mundo, dispensando el agua de la vida por todos lados y haciendo que el terreno árido florezca como la rosa.

Riega el desierto del mundo al ir avanzando en su curso tranquilo. ¡Su vida es bendecida, su ejemplo es bendecido, sus relaciones son bendecidas, sus palabras son bendecidas, su ministerio es bendecido! Las almas son salvas, los pecadores se convierten y muchos se apartan de su iniquidad.

Capítulo 3

DEFECTOS DEL PASADO

“Dios mío, confuso y avergonzado estoy para levantar, oh Dios mío, mi rostro a ti... ¿Qué diremos, oh Dios nuestro después de esto?”
—Esdras 9:6, 10

Peligros del profesionalismo ministerial

PREDICAR SERMONES cada Día del Señor, administrar la Cena del Señor según lo establecido, hacer una visita ocasional a los que la solicitan, asistir a reuniones religiosas —esto, me temo, resume la vida ministerial de muchos que son, por profesión, pastores del rebaño de Cristo. Un ministerio de treinta, cuarenta o cincuenta años muchas veces no da más resultados que estos. Tantos sermones, tantos bautismos, tantos sacramentos, tantas visitas y tantas reuniones de diversos tipos —estos son los únicos anales pastorales, el registro de la parroquia, ¡el TODO de una vida de ministerio para muchos! Tal registro no menciona ningún alma salvada.

Multitudes han muerto bajo tal ministerio, sólo el juicio revelará si siquiera un alma ha sido salva. Pudo haber enseñanza, pero no hubo un “hablar en sazón palabra al cansado”. Pudo haber sabiduría, pero no fue por cierto la sabiduría que “gana almas”. Pudo haber lo que sonaba como el evangelio, pero no contenía para nada las nuevas de gozo, y no era un sonido que salía de labios cálidos y penetraba en oídos asustados como el mensaje de vida eterna, “el evangelio glorioso del Dios bendito”. ¡Los hombres vivieron, y su pastor nunca les preguntó si habían nacido de nuevo! Los hombres enfermaron, mandaron a buscar al pastor y recibieron una oración en su lecho de muerte como pasaporte para entrar en el cielo. Los hombres murieron, y fueron sepultados donde estaban sepultados sus antepasados, hubo una oración en su funeral, y un respeto decoroso hacia sus restos mortales, pero sus almas subieron abandonadas al trono del juicio, sin que alguien haya pensado en ellas. Nadie, ni siquiera el pastor que había jurado cuidarlos, les había preguntado: ¿Están listos? —ni les había advertido que huyeran de la ira que vendrá.

¿No se aplica esta descripción a muchos distritos y muchos pastores? No preguntamos esto con enojo, no preguntamos con desprecio: hacemos la pregunta seria y sinceramente. Necesita una respuesta. Si hubo alguna ocasión cuando debería haber una “gran reflexión de corazón”, y un reconocimiento franco de infidelidad, es ahora cuando Dios nos visita —nos visita en

juicio al igual que en misericordia. Hablamos con cariño fraternal, entonces, no sea la respuesta con enojo o amargura. ¡Y si esta descripción se aplica, cuánto pecado debe haber en los pastores y los hermanos! ¡Qué grande la desolación espiritual que prevalece! Ciertamente en un caso así algo anda muy mal, algo que llama a cada pastor a examinarse seriamente a sí mismo, algo que requiere un arrepentimiento profundo.

La tragedia de un ministerio estéril

Los campos son arados y sembrados, ¡pero no dan fruto! La maquinaria está en constante movimiento, ¡pero sin producir ni una partícula! Las redes son echadas al mar, y extendidas ampliamente, ¡pero no atrapan ni un pez! Todo esto durante años --¡durante una vida entera! ¡Qué extraño! Pero es cierto. No es algo que imaginamos o exageramos. Pregunte a algunos pastores, ¿y qué otra respuesta pueden dar? Le pueden contar acerca de los sermones que han predicado, pero nada pueden decir de sermones bendecidos. Pueden hablar de discursos que fueron admirados y elogiados, pero nada pueden decir de discursos a los que el Espíritu Santo ha hecho eficaces. Pueden decirle cuántos han sido bautizados, cuantos miembros recibidos, pero nada pueden informar sobre almas que fueron despertadas, convertidas y maduradas en la gracia. Pueden enumerar los sacramentos que han administrado, pero nada pueden decir si algunos de ellos fueron “tiempos de refrigerio” o tiempos de despertar. Le pueden decir qué y cuántos casos de disciplina han pasado por sus manos, pero nada pueden informar si algunos de estos han generado un arrepentimiento santo por el pecado, si los que pretendían ser penitentes que fueron absueltos por ellos daban evidencia de ser “lavados y santificados y justificados”. ¡Nunca se les ocurrió pensar en estos resultados!

Pueden decir qué asistencia tienen en la escuela dominical, y qué habilidades tiene el maestro, pero no pueden decir cuántos de estos preciosos pequeños que han jurado alimentar están buscando al Señor, ni si su maestro es un hombre de oración y consagración. Pueden decir cuántos habitantes hay en su parroquia, cuántos miembros tienen en su congregación o la condición temporal de sus rebaños; pero en cuanto a su estado espiritual, no pueden pretender decir cuántos se han despertado del sueño de la muerte, cuántos son seguidores de Dios como sus hijos amados. Quizá lo considerarían una desconsideración y presunción, si no fanatismo, averiguarlo. ¡Y eso a pesar de que han jurado, ante Dios y los hombres, cuidar sus almas porque tendrán que rendir cuenta de ellas!

Pero, ¿de qué valen los sermones, sacramentos y escuelas dominicales si dejamos que las almas perezcan, si hemos perdido la visión de la religión viviente, si no buscamos al Espíritu Santo, si dejamos madurar y morir a los hombres sin tenerles compasión, sin orar por ellos, sin darles advertencias!

Para la gloria de Dios y el bien del hombre

No era así en otros tiempos. Nuestros padres cuidaban a las almas y predicaban para ellas. Pedían y esperaban bendiciones. Y no les eran negadas. Eran bendecidos al poder conducir a muchas almas hacia la justicia. Sus vidas registran sus labores exitosas. Qué vigorizante son las vidas de aquellos que han vivido sólo para la gloria de Dios y el bien de las almas. Hay algo en la historia de ellos que nos impulsa a sentir que eran ministros de Cristo –verdaderos custodios del evangelio.

Qué alegría leer acerca de Baxter y sus labores en Kidderminster! ¡Qué impresionante oír acerca de Venn y su predicación, de la que se dice que los hombres “caían ante él como cal muerta”! En las labores de aquel hombre de Dios que fue el apostólico Whitefield, ¿no encontramos acaso mucho para humillarnos, al igual que para estimularnos? Acerca de Taner, quien despertó bajo Whitefield, leemos que “rara vez predicaba un sermón en vano”. Acerca de Berridge y Hicks dicen que en sus viajes misioneros a lo largo y ancho de Inglaterra en un año tuvieron la bendición de despertar cuatro mil almas. ¡Oh, que volviéramos a vivir esos días! ¡Oh, volver a tener con Whitefield un solo día!

Sobre esto, alguien ha escrito: “El lenguaje que nos hemos acostumbrado a adoptar es éste: usemos los medios, y dejemos el resto a Dios, no podemos hacer otra cosa que emplear los medios, este es nuestro deber y habiéndolo hecho tenemos que dejarle el resto a Aquel que dispone de todas las cosas.” Eso suena bien, porque parece ser un reconocimiento de nuestra propia insuficiencia y una sumisión a la soberanía de Dios. Pero no es más que ruido –en realidad no contiene nada de substancia, porque aunque exteriormente es verdad, no lo es en su raíz. Hablar de una sumisión a la soberanía de Dios es una cosa, realmente someternos a ella es algo distinto y muy diferente.

Sumisión incluye renunciación

Someternos realmente a los designios de Dios obligadamente incluye siempre una renunciación de nuestra propia voluntad en relación con el asunto entre manos, y tal renunciación de la voluntad nunca es una realidad sin que el alma haya pasado interiormente por pruebas severas y humillantes. Por lo tanto, mientras estamos tranquilamente satisfechos en usar los medios sin obtener el fin, y esto no nos lleva a pruebas interiores dolorosas y profundamente humillantes, si creemos que estamos dejando el asunto a cargo de Dios, nos engañamos, y no conocemos la verdad en cuanto a este asunto.

No, realmente dar cualquier cosa a Dios implica que la voluntad, que enfáticamente es el corazón, se ha propuesto hacerlo, y si el corazón realmente ha decidido que conseguir la salvación de los pecadores sea el fin de los medios que usamos, no podemos renunciar a este fin sin que, como hemos comentado ya, el corazón sea probado severa y dolorosamente por la

renunciación de la voluntad que incluye. Por lo tanto, cuando nos contentamos con usar los medios para salvar almas sin verlos salvos, es porque no hay una renunciación de la voluntad, no hay una entrega real del asunto a Dios. El hecho es que, la voluntad —es decir el corazón— nunca se propuso lograr este fin, de lo contrario, no podría renunciar a dicho fin sin ser quebrantado por el sacrificio. Cuando podamos estar satisfechos con usar los medios sin obtener el fin, y hablemos de ellos como si nos estuviéramos sometiendo a los designios del Señor, usamos una verdad para esconder una falsedad, exactamente como lo hacen esos formalistas de la religión, que continúan con sus formulismos y deberes sin ir más allá, aunque saben que no salvarán, y que cuando les advertimos del peligro que corren y les exhortamos sinceramente a buscar al Señor con todo su corazón, nos responden que saben que se tienen que arrepentir y creer, pero que no pueden hacer ni lo uno ni lo otro por sí mismos y que tienen que esperar hasta que Dios les dé gracia para hacerlo. Ahora bien, esto es cierto, pero la mayoría podemos ver que están usando este argumento como una falsedad para ocultar y excusar una gran insinceridad del corazón. Percibimos enseguida que si sus corazones estuvieran decididos a lograr la salvación, no podrían quedarse tranquilos sin ella. Su contentamiento es el resultado, no de la sumisión del corazón a Dios, sino en realidad de una indiferencia del corazón a la salvación de sus propias almas.

Ocultar la falsedad con la verdad

Es exactamente así con nosotros los pastores cuando nos quedamos satisfechos con usar los medios para salvar almas sin verlas realmente salvas, y nosotros mismos no nos sentimos quebrantados por ello, y al mismo tiempo hablamos tranquilamente de dejar el asunto en las manos de Dios. Hacemos uso de una verdad para ocultar y excusar una falsedad. Nuestra habilidad de dejar el asunto así, no es, como lo imaginamos, el resultado de someter nuestro corazón a Dios, sino de una indiferencia del corazón a la salvación de las almas con las cuales tratamos. No, de veras, si el corazón está realmente decidido a lograr ese fin, lo tiene que obtener o quebrantarse por no lograrlo.

El que salvó nuestra alma nos ha enseñado a llorar por los no salvos. ¡Señor, haya en nosotros ese sentir que hubo en ti! Danos las lágrimas para llorar, porque, Señor, nuestro corazón está endurecido hacia nuestros semejantes. Podemos ver a miles morir a nuestro alrededor, y en nuestro profundo sueño ni nos inquietamos, nunca nos asusta la visión de su terrible condenación, ni lloramos por sus almas perdidas transformando nuestra paz en amargura.

Nuestras familias, nuestras escuelas, nuestras congregaciones, sin mencionar a nuestras ciudades, nuestra patria, nuestro mundo, deberían ponernos diariamente de rodillas, porque la pérdida de siquiera un alma es más terrible de lo que podemos concebir. El ojo no ha visto, el oído no ha

escuchado, ni ha entrado en el corazón del hombre lo que el alma en el infierno tiene que sufrir para siempre. ¡Señor, haz que sintamos misericordia! “¡Qué misterio! ¡El alma y la eternidad de un hombre dependen de la voz de otro!”

Cápítulo 4

CONFESIÓN MINISTERIAL

*“Recuerda por tanto de dónde has caído,
y arrepíentete, y haz las primeras obras; pues si no,
vendré presto a ti, y quitaré tu candelero de su lugar,
si no te hubieres arrepentido.”*

—Apocalipsis 2:5

EN EL AÑO 1651, LA Iglesia de Escocia, sintiendo acerca de sus pastores “qué profunda era su participación en transgresiones, que los pastores tienen poca culpa de los juicios que han caído sobre la tierra”, prepararon lo que llamaron un reconocimiento humilde de los pecados en el ministerio. Este documento es impresionante e inquietante. Es quizá una de las más completas, más fieles y más imparciales confesiones del pecado pastoral que jamás se haya hecho. Varios extractos de la misma serán una introducción apropiada para este capítulo sobre confesión ministerial.

Comienza con confesar los pecados antes de entrar en el ministerio:

“Liviandad y profanidad en la conversación, inapropiada para el llamado santo que recibieron, y de las cuales no se han arrepentido totalmente. No han estudiado para estar en Cristo antes de entrar en el ministerio, ni tienen un conocimiento práctico y experiencia del misterio del evangelio en ellos mismos antes de predicárselo a otros. No se han capacitado para la obra del ministerio, ni han mejorado la oración y la comunión con Dios, las oportunidades de un ministerio viviente y otros medios, y no lamentan estas negligencias. No estudiaron sobre auto renunciación, ni resolvieron tomar la cruz de Cristo. Negligencia en querer ver el pecado y el sufrimiento y no tener un sentido de los mismos, no luchar contra la corrupción, ni mortificar ni sujetar el espíritu.”

Dice acerca de cuando entraban al ministerio:

“Entrar al ministerio sin una comisión de Jesucristo, resulta en que muchos han entrado sin ser llamados. Entrar en el ministerio no por amor a Cristo, ni por el anhelo de honrar a Dios ganando almas, sino para

tener un nombre y una manera de ganarse la vida en el mundo, a pesar de la declaración solemne de lo contrario al ser aceptados.”

Enumera con discernimiento los pecados después de entrar en el ministerio:

“Ignorancia de Dios, falta de intimidad con él, incluyendo poco de Dios en sus lecturas, meditaciones y palabras. Gran egoísmo en todo lo que hacemos, actuando por nosotros mismos y para nosotros mismos. No nos importa lo infieles y negligentes que son otros, pensando que ello ofrece un contraste con el testimonio de nuestra fidelidad y diligencia, estando tranquilos y contentos, ante sus faltas. Deleitarnos muy poco en las cosas de las cuales depende nuestra comunión más íntima con Dios, gran inconstancia en nuestro andar con Dios y no reconocerlo en todos nuestros caminos. Cumpliendo los deberes, nada cuidadosos de aquellas cosas que los demás no ven. Rara vez orando en secreto a Dios, pero haciéndolo en público, y aun eso con mucha negligencia, o muy superficialmente.”

Contentos de buscar excusas

“Contentos de encontrar excusas por el descuido de nuestros deberes. Ser negligentes en leer las Escrituras en secreto, para edificarnos como cristianos; leyéndolas sólo para cumplir nuestro deber como pastores, y muchas veces aun descuidando eso. No dados a reflexionar sobre nuestros propios caminos, ni dejar que haya plenamente en nosotros una convicción, engañándonos a nosotros mismos confiando en la ausencia de pecaminosidades y teniendo un aborrecimiento por ellas a la luz de nuestra conciencia natural, y viéndolo como una evidencia de un cambio real de nuestro estado y naturaleza. No cuidando y vigilando nuestro corazón para no cometer el mal, y negligencia en analizarnos a nosotros mismos, lo cual nos impide conocernos a nosotros mismos y nos mantiene alejados de Dios. No guardarnos ni luchar contra pecados vistos y conocidos, especialmente los que predominan en nosotros. Una facilidad de ceder a las tentaciones de la época, y otras tentaciones particulares según nuestras inclinaciones y nuestras compañías.

“Inestabilidad e indecisión en los caminos de Dios, por temores o persecuciones, peligros o pérdida de estima, y deberes declinantes por temor a los celos o reproches. No estimar la cruz de Cristo y los sufrimientos en su nombre, sino más bien cambiarlos por sufrimientos causados por el amor a nosotros mismos. Un espíritu apagado, después de los dolorosos golpes de Dios sobre la tierra. No tener conciencia de la necesidad de humillarnos y ayunar secretamente solos y con nuestras familias para llorar por nuestra culpabilidad y nuestras grandes caídas, y no humillarnos públicamente de corazón. Procurar nuestro propio bienestar, a pesar de que el Señor nos llama a humillarnos.

“No tomar a pecho los tristes y duros sufrimientos del pueblo de Dios en otros países, y el hecho de que no avanza entre ellos el reino de Jesucristo y el poder de la piedad. Hipocresía refinada, querer aparentar lo que no somos. Estudiar más para aprender el vocabulario del pueblo de Dios en lugar de hacerlo para ponerlo en práctica. Confesión artificial del pecado, sin arrepentimiento; querer hacer una declaración de iniquidad, y no afligirnos por el pecado. Descuidar mucho la confesión secreta, aun de aquellas cosas que estamos convencidos que son malas. Nada de reforma, después de reconocimientos solemnes y votos privados; pensar que estamos exonerados después de la confesión. Más prontos para buscar y censurar las faltas de otros, que ver y resolver las propias. Considerar nuestro estado y nuestro andar según la estimación que otros tienen de nosotros. Estimar a los demás según coinciden o no coinciden con nosotros.

“No temer enfrentarnos con problemas, pero pretender vencerlos con nuestras propias fuerzas. No aprender a temer, al ver la caída de hombres consagrados, no entristecernos y orar por ellos. No tener en cuenta liberaciones y castigos en particular, no usarlos para mejorar, para honra de Dios y nuestra edificación y la de los demás. Poco o nada de tristeza por la corrupción de nuestra naturaleza, y menos lamentarnos y anhelar ser liberados de ese cuerpo de muerte, la raíz amarga de todas las demás iniquidades nuestras.

“La costumbre de conversar trivialidades sin frutos, para mal en lugar de para bien. Pasar el tiempo bromeando tontamente con palabras imprudentes e inútiles, muy impropio de ministros del evangelio. Los propósitos espirituales muriendo en nuestras manos cuando fueron iniciados por otros. Familiaridad carnal con hombres naturales, malvados y malignos, por lo que éstos se endurecen, el pueblo de Dios tropieza y nosotros mismos perdemos efectividad.”

Amar el placer más que a Dios

“Despreciar el compañerismo de quienes pueden beneficiarnos espiritualmente. Preferir conversar con los que pueden sernos útiles por sus talentos en lugar de aquellos que nos pueden edificar con sus dones. No considerar las oportunidades de hacerles un bien a otros. Distraernos de la oración y otros deberes cuando nos lo piden –prefiriendo omitirlos que concentrarnos en ellos. Desperdiciar el tiempo frecuentemente con diversiones y pasatiempos y amar nuestros placeres más que a Dios. Tomarnos poco o nada de tiempo para conversar del Señor con los jóvenes que se preparan para el ministerio. Conversaciones triviales y ordinarias en el Día del Señor. Despreciar exhortaciones cristianas de cualquiera de nuestro rebaño u otros, como si fueran inferiores a nosotros; y tener vergüenza de aprender algo de laicos cristianos o de aceptar sus advertencias. Antipatía o amargura contra los que nos amonestan o reprenden, y no ser fieles en amonestar a otros que recibirían bien la amonestación.

“No orar por los hombres que no piensan como nosotros, sino mostrarnos reservados y distanciados de ellos, estar más dispuestos de hablar de ellos que a ellos o a Dios por ellos. No pesarnos los fracasos y errores de otros, sino más bien aprovechándolos para justificarnos a nosotros mismos. Comentar y bromear sobre las faltas de otros, en lugar de sentir compasión por ellos. No ocuparnos debidamente de la vida espiritual de nuestras familias, ni procurar ser un modelo para otras familias en el gobierno de la nuestra. Prontos para mostrar enojo y pasión en nuestras familias y en las conversaciones con los demás. Avaricia, mentalidad mundana y un anhelo desmedido por las cosas de esta vida, a los cuales les sigue descuidar las obligaciones de nuestro llamado, o estar ocupados mayormente con las cosas del mundo. Falta de hospitalidad y caridad hacia los miembros de Cristo. No valorar la consagración en las personas. Y algunos le tienen miedo y aborrecen al pueblo de Dios por su piedad, procurando apagar la obra del Espíritu entre ellos.”

Confiar en nuestra propia habilidad

“No cuidar ese espíritu de dedicación a nuestros deberes pastorales que teníamos al principio de nuestro ministerio. Descuidar la lectura y otra preparación, o tener una preparación meramente literal o libresca, haciendo de un libro un ídolo, lo cual es un tropiezo para la comunión con Dios, o confiando en asistencia del pasado, y orando poco. Confiar en los dones, talentos y la dedicación a la preparación, por lo que provocamos a Dios a malograr nuestros mensajes bien ordenados y expresados. Emplear a Cristo despreocupadamente, quitándole la virtud que nos ayudaría a predicar en Espíritu y con poder. Cuando oramos pidiendo ayuda lo hacemos más pidiendo ayuda para el mensajero que para el mensaje que llevamos, sin importarnos lo que le sucede a la Palabra, sino para tener algo de ayuda para cumplir la obligación. El asunto que presentamos no es seriamente encomendado a Dios en oración, para que su pueblo despierte. Ser negligentes en orar después de haber predicado la Palabra.

“Ser negligentes en advertir, al predicar, acerca de las trampas y los pecados en asuntos públicos por parte de algunos; y el que otros hablen con demasiada frecuencia e innecesariamente acerca de transacciones y asuntos públicos. Demasiada negligencia y falta de habilidad en presentar las excelencias y la utilidad (y la necesidad de tener interés en) Jesucristo y el nuevo pacto, que debería ser el gran tema del estudio y predicación del pastor. Hablar más de Cristo por lo se dice de él que por nuestro propio conocimiento y experiencia, o por alguna impresión real de él en el corazón. El estilo demasiado legalista de la predicación de la mayoría de los pastores. Falta de seriedad en predicar el evangelio; no gustar de nada aparte de lo nuevo, por lo que las cosas importantes de la religión tienen poco peso.

“No predicar el evangelio de Cristo con sencillez, ni nosotros como siervos del pueblo, predicarlo en nombre de Cristo. Predicar acerca de Cristo, no para que los oyentes puedan conocerlo, sino para que piensen que sabemos mucho acerca de él. Hablar de la partida de Cristo de este mundo, sin un corazón quebrantado ni de manera que nos motive a aferrarnos a él. No predicar con compasión por los que corren peligro de perecer. Predicar contra pecados públicos, no para ganar almas y apartar a los hombres de sus pecados, como deberíamos, sino porque nos es de provecho decir algo acerca de estos pecados.”

Actitud pecaminosa hacia nuestros opositores

“Amargura, en lugar de celo, al hablar contra personas malignas, sectarias y escandalosas, y, por lo tanto, falta de fidelidad al hacerlo. No ocuparse de conocer la condición particular del alma de las personas para poder hablarles teniéndola en cuenta, ni guardar un registro de la misma, aun estando convencidos que sería útil hacerlo. No escoger con cuidado lo que puede ser más provechoso y edificante, y falta de sabiduría en la aplicación a varias condiciones de las almas, no cuidadosos en enfatizar el punto por medio de la aplicación sino subrayar la doctrina, ni hablar de lo dicho con la reverencia que merece su Palabra y mensaje.

“Escoger textos sobre los cuales tenemos algo que decir, en lugar de los que serían más apropiados para las condiciones de las almas y las épocas, y predicando frecuentemente de los mismos temas, para no tener que tomarnos la molestia de estudiar cosas nuevas. Una manera de leer, predicar y orar que nos alejan de Dios. Demasiado prontos para sentirnos satisfechos en el cumplimiento de nuestras obligaciones y haciendo a un lado y no escuchar los retos de la conciencia. Ser indulgentes con el cuerpo y perder mucho el tiempo. Demasiado ocupados en nuestra propia fama y los aplausos, y estar satisfechos cuando los logramos e insatisfechos cuando no los tenemos. Tímidos en presentar el mensaje de Dios, dejando a la gente morir en sus pecados sin darles advertencias. Querer cumplir los deberes con el fin de evitar censuras más bien que para recibir la aprobación de Dios.

“No hacer conocer todo el consejo de Dios a su pueblo, y en particular, no dar testimonio en momentos de deserción. No querer beneficiarnos con nuestra propia doctrina, ni con la doctrina de otros. En mayor parte predicar como si no nos importara el mensaje que llevamos a la gente. No regocijarnos con la conversión de los pecadores, sino contentarnos con la falta de crecimiento en la obra del Señor entre su pueblo para no tener que ocuparnos más; temiendo que si crece la obra tendríamos que trabajar más, y estimarían menos nuestra predicación y nuestras prácticas, y querrían más del poder de la piedad. Predicamos no como ante Dios, sino los hombres, como lo demuestran los distintos esfuerzos por prepararnos para hablar a oyentes comunes y a otros de quienes nosotros mismos aprobamos.

“Negligentes, perezosos, visitando poco a los enfermos, y si son pobres vamos una vez, y sólo cuando nos mandan llamar; pero si son ricos o de buena posición, vamos con más frecuencia sin que nos llamen. No saber hablar con el lenguaje de los sabios una palabra apropiada para el cansado.

“Perezosos y negligentes en discipular. No preparar nuestro corazón ante Dios ni luchar con él para que lo bendiga, por lo que el nombre de Señor muchas veces es tomado en vano, y los escuchas poco aprovechan. Considerando esta práctica como una obra inferior y no condescender a estudiar la manera correcta y provechosa de instruir al pueblo de Dios. Parciales en discipular, pensando que los ricos y de mejor calidad no lo necesitan aunque muchos de éstos tienen gran necesidad de instruirse. No esperar y seguir a los ignorantes sino con frecuencia reprenderles apasionadamente”.

Estas son confesiones serias –las confesiones de hombres que conocían la naturaleza del ministerio al que se habían dedicado, y que anhelaban contar con la aprobación de Aquel que los llamó, para poder rendirle cuentas con gozo y no con tristeza.

Confesar nuestras faltas

Nosotros, como ellos, encarémonos honestamente. Nuestras confesiones no debieran ser menos detalladas y escrutadoras.

1. Hemos sido infieles.

El temor al hombre y el amor a su aplauso con frecuencia nos han hecho miedosos. Hemos sido infieles a nuestra propia alma, a nuestros rebaños y a nuestros hermanos; infieles en el púlpito, en la visitación, en la disciplina y en la iglesia. El cumplimiento de cada uno de los deberes de nuestra mayordomía ha sido tristemente infiel. En lugar de la particularización especial de un pecado reprobado, ha habido una leve alusión a él. En lugar de un reproche valiente, ha habido una tímida insinuación. En lugar de una condena sin compromiso, ha habido una débil desaprobación. En lugar de una constancia sin desvíos de una vida santa cuyo tenor uniforme debería ser una protesta contra el mundo y un reproche al pecado, ha habido una cantidad tal de infidelidad en nuestro andar y conversación, en nuestra conducta diaria y nuestra interacción con otros, que cualquier grado de fidelidad que hemos podido manifestar el Día del Señor casi se neutraliza por la falta de circunspección que nuestra vida demuestra durante la semana.

El ejemplo del arzobispo Ussher

Pocos han vivido una vida tan ocupada y devota a Dios como Ussher, arzobispo de Armagh. Su erudición, el hábito de sus ocupaciones, su posición, amigos, han contribuido para mantener sus manos llenas en todo momento; además, su alma parecía escuchar continuamente una voz que decía: “Re-

dime el tiempo, porque los tiempos son malos”. Y comenzó de niño, pues a la edad de diez años se convirtió por un sermón predicado sobre Romanos 12:1: “Os ruego por las misericordias de Dios, que presentéis vuestros cuerpos en sacrificio vivo”. Fue un meticoloso y dedicado predicador de la Palabra durante cincuenta y cinco años.

No obstante, ¡escuchémosle en su lecho de muerte! Cómo se aferra a la sola justicia de Cristo, y se ve él mismo, aun después de haber vivido una vida tal, sólo como pecador y necesitado. Las últimas palabras que le oyeron decir, las dijo alrededor de la una de la tarde, y las dijo a gran voz: “Pero, Señor, en especial perdóname mis pecados de omisión”. Fue por lo que había omitido, dice su biógrafo, que imploró perdón con su más ferviente último suspiro —¡él, a quien nunca se le conoció haber omitido ni una hora sino que había empleado hasta las últimas hebras de su vida para su Señor y Maestro! El mismo día que cayó enfermo por última vez, se levantó de haber escrito una de sus grandes obras y fue a visitar a una enferma, a quien le habló tan apropiada y completamente acerca del cielo como si ya hubiera estado allí, ¡No obstante, este hombre estaba oprimido por una conciencia de sus omisiones!

Lector, ¿qué piensa usted de sí mismo —sus deberes no cumplidos, sus horas sin mejoras, sus momentos de oración omitidos, sus trabajos desagradables evitados, cargándoselos a otros, su quedarse sentado tranquilo debajo de su vid y su higuera sin dedicar todos sus esfuerzos al bien de las almas de otros? “¡Señor, en especial perdóname mis pecados de omisión!”

Escuche la confesión de Edwards, con referencia a los pecados personales al igual que ministeriales: “Con frecuencia he tenido percepciones de mi propia pecaminosidad y vileza, que me han afectado mucho; con mucha frecuencia, a tal grado que me domina una especie de llanto fuerte, a veces durante mucho tiempo, por lo que me he visto forzado a encerrarme a solas. He tenido un sentido mucho más vasto de mi propia pecaminosidad y de la maldad de mi corazón de lo que jamás había tenido antes de mi conversión. Mi maldad, al mirarme a mí mismo, me ha parecido por mucho tiempo muy profunda, acaparando todo pensamiento y todas mis ideas. No sé como expresar mejor lo que opino de mis pecados que amontonar lo infinito sobre lo infinito, y multiplicar lo infinito por lo infinito. Cuando miro dentro de mi corazón y veo mi maldad, me parece un abismo infinitamente más profundo que el infierno. Y aún así me parece que mi convicción de pecado es muy pequeña y débil: es bastante como para asombrarme de no sentir más opresión por mi pecado. Últimamente he anhelado mucho tener un corazón quebrantado y humillarme ante Dios”.

2. Hemos sido carnales y poco espirituales.

El tono de nuestra vida ha sido bajo y terrenal. Nos hemos asociado demasiado, y demasiado íntimamente, con el mundo; nos hemos acostumbrado en gran medida a sus maneras. Por lo tanto, nuestros gustos se han viciado, nuestra conciencia se ha desensibilizado, y ese sensible sentimiento

de ternura que, aunque no trata de evitar el sufrimiento sí retrocede ante el contacto más remoto con el pecado, ha ido menguando, siendo remplazado por cierta dureza que antes, en los primeros días, nos creíamos incapaces de tener.

“Nuestra falta de utilidad tiene que ser atribuida con más frecuencia a nuestra falta de espiritualidad que a cualquier falta de habilidad natural”, dijo Fuller. Y Urquhart agrega: “Veo que la espiritualidad de la mente es la cualidad principal para la obra del ministerio”.

Quizá podemos recordar un tiempo cuando nuestros conceptos y objetivos estaban fijos en una norma de casi celestial altura, y contrastándolos con nuestro estado presente, nos sorprendemos ante los dolorosos cambios. Y además de la intimidad con el mundo, otras causas han intervenido para producir este deterioro de la espiritualidad en nuestra mente. El estudio de la verdad en su forma dogmática más que en su forma devocional le ha robado su frescura y poder; las actividades de cada día, cada hora, en la rutina de la labor ministerial han engendrado formulismo y frialdad; las ocupaciones en los deberes más serias de nuestro oficio, tales como tratar con las almas en privado sobre su bienestar inmortal, o guiar las meditaciones y devociones del pueblo reunido de Dios, o administrar los símbolos sacramentales —esto, realizado con frecuencia con poca oración mezclada con muy poca fe, nos ha quitado esa profunda reverencia y temor piadoso que deberíamos poseer y del cual deberíamos estar saturados. Con cuánta certeza, y con cuánto énfasis, podemos decir: “Yo soy carnal, vendido a sujeción del pecado” (Romanos 7:14). El mundo no ha sido crucificado en nosotros, ni nosotros crucificados al mundo; la carne, con sus miembros, no ha sido mortificada. ¡Qué efecto triste ha tenido todo esto, no sólo sobre la paz de nuestra alma, nuestro crecimiento en la gracia, sino también sobre el éxito de nuestro ministerio!

3. Hemos sido egoístas.

Hemos eludido el trabajo, las dificultades y la perseverancia, amando no sólo nuestra vida, sino también nuestra tranquilidad y comodidad temporal. Hemos buscado complacernos a nosotros mismos, en lugar de obedecer lo que dice Romanos 15:2: “Cada uno agrade a su prójimo en bien, a edificación”. No hemos sobrellevado “los unos las cargas de los otros” para cumplir “la ley de Dios” (Gálatas 6:2). Hemos sido mundanos y codiciosos. No nos hemos presentado ante Dios como “sacrificios vivos” poniéndonos a nosotros mismos, nuestra vida, nuestros bienes, nuestro tiempo, nuestras fuerzas, nuestras facultades —nuestro todo— sobre su altar. Pareciera que hemos olvidado totalmente este principio de auto sacrificio que como cristianos, y aún más como pastores, somos llamados a hacer. No hemos ni siquiera tenido idea alguna de nada que se parezca al sacrificio. Hasta llegar al punto en que nos era exigido un sacrificio, hemos estado dispuestos a ir, pero allí nos quedamos, viéndolo como algo innecesario, quizá considerando imprudente y necio, seguir adelante. No obstante, ¿acaso no debe ser la

vida de cada cristiano, y especialmente de cada pastor, una de auto sacrificio y de negarse a sí mismo siempre, tal como fue la de Aquel que no se “agradó a sí mismo”?

4. Hemos sido perezosos.

Hemos trabajado poco. No hemos soportado el trabajo duro como buenos soldados de Jesucristo. Aun cuando hemos cumplido lo esencial, no hemos cumplido lo demás que se esperaba de nosotros; tampoco hemos tratado de aprovechar los fragmentos de nuestro tiempo, a fin de no desaprovecharlo. ¡Horas y días valiosos han sido desperdiciados por pereza, por las compañías, por los placeres y por la lectura sin provecho o perniciosa, cuando podían haberse dedicado a la oración privada, el estudio, el púlpito o una reunión! La indolencia, la indulgencia con uno mismo, la inconstancia, la satisfacción de la carne, han arruinado nuestro ministerio como un cáncer, impidiendo las bendiciones y nuestros éxitos.

No se puede decir de nosotros: “Has trabajado por mi nombre, y no has desfallecido” (Apocalipsis 2:3). Hemos desfallecido o por lo menos nos hemos “cansado de hacer el bien”. No hemos realizado nuestra obra a conciencia. No hemos tratado honestamente a la iglesia a la cual nos comprometimos cuando fuimos ordenados. Hemos engañado a Dios, cuyos siervos profesamos ser. Hemos manifestado muy poco del amor paciente, abnegado que, como pastores, nos correspondía tener por el rebaño a nuestro cuidado. Nos hemos alimentado nosotros mismos, y no hemos alimentado al rebaño.

Considere la afirmación de Richard Baxter acerca de sus deberes ministeriales habituales, en respuesta a algunos enemigos que lo acusaban de ociosidad: “Lo peor que os deseo es que tuvierais mi tranquilidad en lugar de vuestras labores. Tengo razón para considerarme el menor de todos los santos, y no obstante, no temo decirle al acusador que considero la labor de la mayoría de los comerciantes del pueblo como un placer en comparación con la mía, aunque no la cambiaría ni con la del príncipe más encumbrado. El trabajo de ellos les preserva la salud, el mío la consume; ellos trabajan cómodos, y yo con dolor continuo; ellos tienen horas y días de recreación, yo apenas tengo tiempo para comer. Nadie los molesta en su trabajo, pero más trabajo yo, más odio y problemas atraigo”. Esto es “gastarse y desgastarse”, este es un ejemplo digno de imitar.

5. Hemos sido fríos.

Aun siendo diligentes, ¡qué poco calor y brillo tenemos! No volcamos toda el alma en el deber, y por lo tanto éste viste el repulsivo aire de rutina y formalismo. No hablamos ni actuamos como hombres sinceros. Nuestras palabras son débiles, aun cuando son sólidas y ciertas; nuestro aspecto es descuidado, aun cuando nuestras palabras son de peso y nuestros tonos revelan la apatía que tanto nuestras palabras como nuestro aspecto disimulan. Falta amor, amor profundo, amor fuerte como la muerte, amor como hizo

llorar a Jeremías en lugares secretos por el orgullo de Israel, y como hizo derramar lágrimas a Pablo al hablar de los enemigos de la cruz de Cristo. En la predicación y visitación, en nuestros consejos y reprensiones, ¡cuánto formulismo, cuánta frialdad, qué poca ternura y poco afecto! “¡Oh, que fuera yo todo corazón”, dijo Rowland Hill, “todo alma, todo espíritu para contar del glorioso evangelio de Cristo a las multitudes que perecen!”

6. Hemos sido tímidos.

El temor nos ha llevado a suavizar o generalizar la verdad que, de haberla declarado ampliamente, hubiera generado odio y reproche hacia nosotros. Por eso no hemos declarado a nuestra gente todo el consejo de Dios. Hemos eludido reprender, reprochar y exhortar con toda paciencia y siendo fieles a la doctrina. Hemos temido enemistar a los amigos, o despertar la ira de los enemigos. Por eso nuestra predicación de la ley ha sido débil y escasa, y por eso nuestra predicación de un evangelio gratuito ha sido más imprecisa, insegura y tímida. Somos muy deficientes en lo que respecta a esa majestuosa valentía y nobleza de espíritu que distinguían a Lutero, Calvino, Knox y los hombres poderosos de la Reforma. De Lutero se decía: “Cada palabra era como una bomba”.

7. Nos ha faltado seriedad.

Al leer la vida de Howe o Baxter, de Brainerd o Edwards, nos encontramos en la compañía de hombres que en la seriedad de su conducta y la gravedad de su aspecto eran realmente de la escuela apostólica. Sentimos que estos hombres eran de peso, tanto en sus palabras como en su vida. Vemos, también, el contraste entre nosotros y ellos con respecto a esa profunda seriedad en su aire y tono que hacía sentir a los hombres que caminaban con Dios. Cuán profunda debe ser nuestra humillación por nuestra liviandad, frivolidad, ligereza, vana alegría, necio hablar y bromear, por lo que las almas han sido heridas gravemente, el progreso de los santos ha sido demorado y el mundo tolerado todas sus desastrosas vanidades.

8. Hemos predicado para nuestro propio bien, no para el de Cristo.

Hemos buscado el aplauso, la honra y la fama, y hemos sido celosos de nuestra reputación. Con demasiada frecuencia hemos predicado para exaltarnos a nosotros mismos en lugar de magnificar a Cristo, para que los hombres fijen su vista en nosotros, en lugar de fijarla en él y su cruz. ¿Y no hemos predicado a Cristo muchas veces con el propósito de que nos honraran a nosotros? Cristo, en los sufrimientos de su primera venida y la gloria de su segunda, no ha sido el Alfa y el Omega, el primero y el último, de todos nuestros sermones.

9. Hemos usado palabras de sabiduría humana.

Hemos olvidado la resolución de Pablo de evitar las palabras llamativas de sabiduría humana, a fin de impedir que la cruz de Cristo sea totalmente ineficaz. ¡Hemos revertido su razonamiento al igual que su resolución, y

hemos actuado como si por los discursos bien estudiados, bien pulidos y bien razonados pudiéramos hermosear la cruz para que ya no sea repulsiva, sino irresistiblemente atractiva al ojo carnal! Por eso muchas veces hemos mandado a casa a las personas muy satisfechas de sí mismas, convencidas de que eran religiosas porque se sintieron afectadas por nuestra elocuencia, conmovidas por nuestros ruegos o persuadidas por nuestros argumentos. De este modo le hemos quitado todo efecto a la cruz de Cristo y enviado a las almas al infierno con una mentira en sus manos. Así es que evitando la ofensa de la cruz y la locura de la predicación hemos trabajado en vano, lamentándonos por nuestro ministerio falto de bendiciones y frutos.

10. No hemos predicado completamente un evangelio gratuito.

Hemos tenido miedo de hacerlo demasiado gratuito, no sea que los oyentes caigan en el libertinaje; como si fuera posible predicar un evangelio demasiado gratuito, o como si lo gratuito pudiera conducir al hombre a pecar. Sólo un evangelio gratuito puede dar paz y es sólo un evangelio gratuito lo que puede hacer santos a los hombres. La predicación de Lutero se resumía en estos dos puntos: “Que somos justificados únicamente por la fe, y que tenemos que estar seguros de que hemos sido justificados”. Y fue esto lo que exhortó a su hermano Brentio que predicara; y fue tal predicación gratuita, completa y valiente del glorioso evangelio, sin depender de obras, méritos, términos, condiciones, y sin sombras de la falsa humildad de las dudas, los temores, incertidumbres, por lo que sus labores resultaron en éxitos tan bendecidos. Vayamos y hagamos lo mismo. Junto con esto, está la necesidad de insistir que el pecador acuda inmediatamente a Dios, y demandar que en el nombre del Señor, el pecador se entregue inmediatamente de corazón a Cristo. Es extraño que las conversiones súbitas sean tan desagradables para algunos pastores. Éstas son las más bíblicas de todas las conversiones.

11. No hemos honrado debidamente a la Palabra de Dios.

Hemos dado más importancia a los escritos de los hombres, las opiniones de los hombres y los sistemas de los hombres en nuestros estudios, que a la Palabra. Hemos bebido más de las cisternas humanas que la divina. Hemos tenido más comunión con el hombre que con Dios. Por lo tanto, el molde y el estilo de nuestro espíritu, nuestra vida, nuestras palabras se han derivado más del hombre que de Dios. Tenemos que estudiar más la Biblia. Tenemos que empapar nuestro espíritu de ella. Tenemos que no sólo guardarla dentro de nosotros, sino inyectarla en toda la textura del alma.

12. No hemos sido hombres de oración.

El espíritu de oración ha desfalecido entre nosotros. Hemos frecuentado y gozado escasamente el lugar de la oración. Hemos permitido que las ocupaciones, el estudio o la actividad del trabajo interfieran con nuestras horas en la cámara de oración. Y el ambiente febril que ha envuelto a la iglesia y a la nación ha llegado a nuestra cámara, perturbando la dulce cal-

ma de su bendita soledad. El sueño, las compañías, las visitas sin propósito, las conversaciones y bromas necias, las lecturas livianas, las ocupaciones sin provecho, acaparan el tiempo que podríamos haber redimido para orar.

¿Por qué hay tan poca ansiedad por disponer de tiempo para orar? ¿Por qué hay tan poca programación de nuestro tiempo y ocupaciones como para asegurar una porción grande de cada día a la oración? ¿Por qué hay tanto hablar, y tan poco orar? ¿Por qué tanto ajetreo y negocios, pero tan poca oración? ¿Por qué tantas reuniones con nuestros prójimos, pero tan pocas reuniones con Dios? ¿Por qué tan poca soledad, tan poca sed del alma por las horas tranquilas y dulces de una soledad sin interrupciones cuando Dios y su hijo gozan de comunión como si nunca quisieran separarse? Es la falta de estas horas solitarias que no sólo obstaculiza nuestro propio crecimiento en la gracia sino también nos vuelve miembros tan inútiles de la iglesia de Cristo, y hace que nuestras vidas sean inservibles. A fin de crecer en la gracia, tenemos que estar mucho tiempo solos. No es en sociedad —ni siquiera una sociedad cristiana— que el alma crece con mayor rapidez y vigor. Con frecuencia, en una sola hora quieta en oración avanzaremos más que durante días en la compañía de otros. Es en el desierto que cae más fresco el rocío y el aire es más puro. Lo mismo sucede con el alma. Es cuando no hay nadie cerca más que Dios, que su presencia, como el aire del desierto que no está contaminado con el aliento del hombre, rodea y satura el alma; entonces es que uno obtiene la vista más clara y sencilla de las certidumbres eternas; entonces es que el alma recibe un maravilloso refrigerio de poder y energía.

Y es también de este modo que somos verdaderamente útiles a otros. Es cuando salimos renovados por nuestra comunión con Dios que hacemos su obra con éxito. Es en la cámara de oración que se llenan nuestros vasos con bendiciones, de modo que, cuando salimos, no podemos guardar silencio, sino que, como una necesidad bendecida, tenemos que exteriorizarlo dondequiera que vamos. No podemos decir, como dijo Isaías: “Señor, sobre la atalaya estoy yo continuamente de día, y las noches enteras sobre mi guarda” (Isaías 21:8). Nuestra vida no ha sido una de esperar la voz de Dios. “Habla, Jehová, que tu siervo oye” (1 Samuel 3:9) no ha sido la actitud de nuestra alma, el principio que guía nuestra vida. La cercanía de Dios, la comunión con Dios, el esperar en Dios, el descansar en Dios, no han sido las características de nuestro andar privado o pastoral. Por eso nuestro ejemplo ha sido tan impotente, nuestras labores tan en vano, nuestros sermones tan secos, todo nuestro ministerio tan infructuoso y débil.

13. No hemos honrado al Espíritu de Dios.

Puede ser que con nuestras palabras hemos reconocido su actuación, pero no lo hemos mantenido continuamente ante nosotros y ante la gente. No le hemos dado la gloria que merece su nombre. No hemos buscado su enseñanza, su unción —“la unción del Santo, [por lo que] conocéis todas las cosas” (1 Juan 2:20). Ni en el estudio de la Palabra ni en la predicación de ella hemos reconocido debidamente su oficio como el Iluminador del en-

tendimiento, el Revelador de la verdad, el Testigo y Glorificador de Cristo. Lo hemos entristecido por la deshonra a su nombre como la tercera persona de la gloriosa Trinidad, y lo hemos entristecido por la poca importancia que le damos a su oficio como el Maestro, el Convencedor, el Confortador, el Santificador. Por eso, casi se ha apartado de nosotros, y nos ha dejado para que cosechemos el fruto de nuestra propia perversidad y falta de fe. Además, lo hemos entristecido con nuestro andar inconstante, nuestra falta de circunspección, por nuestra mundanalidad, nuestra falta de santidad, por nuestra falta de oración, por nuestra infidelidad, por nuestra falta de solemnidad, por una vida y conversación que poco se conforma al carácter de un discípulo o al cargo de embajador.

Un anciano pastor escocés escribe lo siguiente acerca de sí mismo: “Veo una falta del espíritu —del poder y demostración del Espíritu— en la oración, el habla, y la exhortación; por las que los hombres principalmente se convencen, y por las que son un terror y una maravilla para otros, de modo que se sienten sobrecogidos por ellas, de modo que producen gloria y majestuosidad; por la que los sermones de Cristo se diferenciaban de los de los escribas y fariseos, que yo considero son los reflejos de la majestad de Dios y del Espíritu de santidad que aparece y brilla a través de su pueblo. ¡Pero visto ropas sucias! ¡Ay de mí! La corona de gloria y majestad ha caído de mi sien, mis palabras son débiles y carnales, no poderosas, por lo que generan desprecio. No hay otro remedio para esto más que la humildad, el aborrecimiento del yo y el esfuerzo por mantener una comunión con Dios”.

14. No tenemos la mente de Cristo.

No hemos seguido el ejemplo de los apóstoles, y mucho menos el de Cristo; estamos muy atrasados con respecto a los siervos, mucho más atrasados con respecto al Maestro. Hemos tenido poco de la gracia, la compasión, la humildad, la modestia, el amor del Hijo eterno de Dios. Su llanto por Jerusalén es un sentimiento con el cual no nos identificamos para nada. Su “buscar a los perdidos” es algo que no imitamos. Su “enseñar a las multitudes” es algo que evitamos porque lo consideramos demasiado para la débil carne y sangre. Sus días de ayuno, sus noches de estar en guarda y oración, no son algo que consideramos realmente como ejemplos a seguir. El hecho que no contó su vida como algo a qué aferrarse a fin de poder glorificar al Padre y realizar la obra que le encomendó, es algo que no recordamos como un principio a poner en práctica. Pero tenemos que seguir sus pasos, el siervo tiene que caminar por donde su Amo ha mostrado el camino, el pastor ayudante tiene que ser lo que el Pastor Principal fue. No hemos de buscar el descanso o las cosas fáciles en un mundo donde Aquel a quien amamos no las buscó.

Capítulo 5

AVIVAMIENTO EN EL MINISTERIO

ES MÁS FÁCIL hablar o escribir acerca de un avivamiento que ocuparse de él. Hay tanta basura para barrer hacia afuera, tantos impedimentos que encarar, tantos viejos hábitos que vencer, tanta pereza y desinterés con los cuales contender, tantas rutinas pastorales que superar, y tanto del yo como del mundo para crucificar. Tal como dijo Cristo del espíritu inmundo que los discípulos no podían sacar, podemos decir de éstos: “Este linaje no sale sino por oración y ayuno”.

Eso creía el pastor del Siglo XVII, quien después de lamentarse de las maldades de su vida y su ministerio, resolvió lo siguiente para lograr su renovación:

“(1) En imitación de Cristo y sus apóstoles, y para hacer lo bueno, me propongo levantarme temprano todas las mañanas.

“(2) Preparar, en cuanto me levanto, el trabajo que haré, y determinar cómo y cuándo lo haré; dedicarle todo mi empeño y aún al punto de rendirme cuentas y dolerme por mis fallas.

“(3) Dedicar una porción suficiente de tiempo cada día a la oración, lectura, meditación y ejercicios espirituales: a la mañana, al mediodía, a la tarde y cuando me voy a la cama.

“(4) Una vez por mes, ya sea al final o a mediados del mes, observar un día de humillación por la condición de la población, por el pueblo del Señor y su triste condición y para levantar la obra y el pueblo de Dios.

“(5) Dedicar, además de esto, un día a considerar mi propia condición, a luchar contra males espirituales y para conseguir que mi corazón sea más santo, o para lograr algún ejercicio especial, una vez cada seis meses.

“(6) Dedicar una vez por semana cuatro horas además de las que ya dedico diariamente a estar a solas, a causas especiales relacionadas conmigo o con los demás.

“(7) Dedicar tiempo los sábados a la noche a prepararme para el Día del Señor.

“(8) Dedicar total y únicamente a las cosas espirituales seis o siete días consecutivos, una vez al año, cuando mejor convenga.”

La necesidad de tener hoy un avivamiento

Tal fue la manera como se ocupó de su avivamiento personal y pastoral. Sigamos su ejemplo. Si él lo necesitaba tanto, más lo necesitamos nosotros.

En los Siglos V y VI, Gildas y Salvian se levantaron para alarmar y despertar a una iglesia indiferente y a un ministerio formal. En el Siglo XVI, esa tarea les tocó a los Reformadores. En el Siglo XVII, Baxter, entre otros, tuvo una parte preponderante en estimular la piedad lánguida y las energías

adormecidas de sus colegas pastores. En el Siglo XVIII, Dios levantó hombres especiales y nobles para despertar a la iglesia y abrir el camino a una carrera ministerial más elevada y valiente. No es menor la necesidad de este siglo de que aparezca alguna influencia estimulante como esas. Hemos tenido muchos síntomas de vida, pero todavía las masas no han despertado. Necesitamos algún nuevo Baxter para sacudirnos con su voz y su ejemplo. Es lamentable ver cuánta indolencia e ineficacia pastoral sigue en nuestra patria. ¡Hasta cuándo, Señor, hasta cuándo!

La infusión de nueva vida en el ministerio debería ser el objeto de un esfuerzo más directo y especial, al igual que la oración más unida y ferviente. Las oraciones de los cristianos deberían centrarse mayormente en los seminaristas, los predicadores y los pastores de la iglesia cristiana. Lo que nuestro país necesita es un ministerio viviente, y sin un ministerio tal no puede esperar escapar de los juicios de Dios. Necesitamos hombres que trabajen y oren, que cuiden las almas y lloren por ellas.

Cómo Miconio aprendió su lección

Melchior Adam, biógrafo de Miconio, el amigo de Lutero, escribió el siguiente hermoso e impresionante relato de un acontecimiento que fue el momento decisivo en su vida que lo impulsó a dedicar sus energías a la causa de Cristo. La primera noche que estaba en el monasterio, con la intención de ser monje, tuvo un sueño, y le pareció estar cruzando solo un vasto desierto. De pronto apareció un guía que lo llevó adelante a un valle bellísimo, con un arroyo placentero del cual no le fue permitido beber, y luego a una fuente de mármol con agua pura. Trató de arrodillarse para beber, cuando apareció ante él un Salvador crucificado, de cuyas heridas manaba un chorro copioso. El guía lo arrojó dentro de la fuente. Su boca tocó las heridas de las cuales fluía agua, bebió con gusto, ¡y nunca volvió a tener sed!

En cuanto había calmado su sed fue llevado por su guía para enseñarle qué grandes cosas haría para el Crucificado cuyas heridas preciosas habían derramado el agua viva en su alma. Llegó a un campo enorme cubierto de grano que se mecía en la brisa. Su guía le ordenó cosechar. Se excusó diciendo que no sabía nada de cómo hacer esa labor. “Lo que no sabes, aprenderás”, fue la respuesta. Se acercaron más, y vio a un cosechador solitario usando su hoz con un ahínco tan prodigioso como si estuviera decidido a cosechar todo el campo él solo. El guía le ordenó sumarse al obrero, y, tomando una hoz, le enseñó cómo usarla.

Luego, el guía lo llevó a un cerro. Extendió su mirada por la vasta planicie a sus pies, y, preguntó pensativamente cuánto tiempo llevaría cosechar un campo tan grande con tan pocos obreros. “Tiene que completarse antes del invierno”, contestó el guía. “Trabaja con todas tus fuerzas. El Señor de la cosecha enviará pronto más obreros”. Cansado de trabajar, Miconio descansó un momento. Nuevamente el Crucificado apareció a su lado, exhausto y

herido. El guía puso su mano sobre Miconio, diciendo: “Tienes que conformarte a él”.

Con estas palabras, el dormido despertó. Pero se despertó a una vida de celo y amor. Encontró al Salvador para su propia alma, y se dedicó a predicar de él a los demás. Tomó su lugar al lado de aquel noble cosechador Martín Lutero. Se sentía estimulado por su ejemplo y trabajó con él en el vasto campo hasta que se levantaron obreros por todos lados y la cosecha fue completada antes del invierno. La lección para nosotros es: empuñen su hoz. Los campos están blancos, y son enormes, los obreros son pocos, pero hay algunos dedicados que ya los están trabajando. En años pasados hemos visto a Whitefield y Hill predicando sus sermones con pasión, como si estuvieran cosechando solos todo el campo.

Recogiendo la gran cosecha

“¿Cuándo tienes la intención de parar?” fue la pregunta que le hizo en cierta ocasión un amigo a Rowland Hill. “No hasta haber ganado a todos los que tenemos delante”, fue la pronta respuesta. Nuestra respuesta es la misma. Los campos son vastos, el grano está maduro, el tiempo de la cosecha es ahora, y por gracia emprenderemos la obra con nuestras hoces para no descansar hasta llegar donde el Cordero mismo nos guía, junto a aguas vivas, donde Dios secará el sudor del trabajo de nuestra frente cansada y secará todas las lágrimas de la tierra de nuestros ojos llenos de lágrimas. Algunos somos jóvenes y entusiastas, probablemente tengamos, por la providencia de Dios, muchos días por delante. Estos tienen que ser días de trabajo intenso, incesante, perseverante, y, si Dios nos bendice, exitosos. Trabajaremos hasta estar agotados y descansenos eternamente.

Vincent, el ministro no conformista, en su pequeño libro sobre la gran plaga y el incendio en Londres titulado: “La voz terrible de Dios en la ciudad”, da una descripción de la manera como los pastores fieles que se quedaron en medio del peligro cumplían sus deberes solemnes en pro de los moribundos, y de la manera cómo las multitudes aterrorizadas escuchaban sus palabras con ansiosa expectación, por las dudas la temible pestilencia los llevara a la tumba. Las puertas de los templos se abrían, pero los púlpitos permanecían en silencio, porque no había nadie que los ocupara. Los asalariados habían huido.

Predicando a víctimas de la plaga

Entonces los predicadores fieles de Dios que habían sido perseguidos salieron de sus escondites para llenar los púlpitos abandonados. Entonces se pusieron de pie entre los moribundos y los muertos, para proclamar vida eterna a los que estaban esperando la muerte ese mismo día. Predicaron a tiempo y fuera de tiempo. Los días de la semana o el domingo eran lo mismo para ellos. La hora podía ser la acostumbrada o la no acostumbrada, eso no importaba. No se atenían a puntos agradables de regularidad o irregularidad; levantaban sus voces como trompetas, y no retenían nada. Cada ser-

món podía haber sido el último que predicaran. Estaban rodeados de sepulcros abiertos, la muerte ahora no parecía meramente cierta, sino inminente, la muerte estaba más cerca que nunca, la eternidad era vista en toda su vasta realidad, las almas eran consideradas más valiosas que nunca, ya no podían desperdiciar las oportunidades. ¡Cada hora tenía más valor que todas las riquezas de los reinos, el mundo era ahora una sombra que pasaba desvaneciéndose, y los días de los hombres en la tierra habían sido reducidos de años a instantes!

¡Oh, cómo predicaban! Ninguna frase pulida, ningún argumento erudito, ningún párrafo bien elaborado enfriaba el llamado de ellos, ni hacían que sus discursos fueran ininteligibles. Ningún temor al hombre, ningún amor por recibir aplausos, ningún escrúpulo por las expresiones fuertes, ningún temor a la emoción o el entusiasmo les impedía volcar en su predicación todo el fervor de sus corazones, porque anhelaban tiernamente llegar a las almas moribundas.

“El Anciano Tiempo”, dice Vincent, “parecía estar en el púlpito con su gran guadaña, diciendo con voz ronca: ‘Trabajad mientras dura este día: porque esta noche os cortaré de entre los vivos’. La Muerte Nefasta parecía estar de pie junto al púlpito, con su flecha afilada, diciendo: ‘Tú lanza las flechas de Dios, y yo lanzaré la mía’. La tumba parecía estar al pie del púlpito, abierta, con polvo en el fondo, diciendo:

*‘Alzad vuestra voz —a Dios, a los hombres,
Y cumplid ahora vuestra misión;*

*Aquí tenéis que yacer —cerrada vuestra boca, muerto vuestro aliento
Y silencioso en el polvo’.*

“Los pastores se sentían ahora llamados a despertar y ser serios y fervorosos en su obra pastoral, a predicar junto al borde de la fosa a los miles que en ella caían. Había tal concurrencia en las iglesias donde se encontraban estos pastores que muchas veces éstos no podían acercarse al púlpito por el gentío, y se veían forzados a abrirse camino por sobre las bancas, y tales rostros jamás habían sido vistos antes en Londres, miradas tan ansiosas, oídos tan atentos, un interés tan intenso, como si absorbieran cada palabra que salía de la boca de los pastores”.

¿Alguna vez corresponde ser menos serios?

Así predicaban y así escuchaban en aquellos días de terror y muerte. En ese entonces, los hombres eran serios, al hablar al igual que al escuchar. No había frialdad, ni indolencia, ni estudiada oratoria. Realmente predicaban como hombres moribundos a hombres moribundos. Pero la pregunta es: ¿Puede ser de otra manera? ¿Debería haber alguna vez menos fervor que en aquel momento, en la predicación o menos ansiedad por escuchar? Es cierto, la vida era un poco más breve entonces, pero eso era todo. La muerte y sus implicaciones siguen siendo las mismas. La eternidad sigue siendo la

misma. El alma sigue siendo la misma. Sólo se agregó un pequeño elemento en esa ocasión que no siempre existe hasta ese punto, a saber, que la vida era más breve. Pero esa era la única diferencia.

La incredulidad debilita nuestro testimonio

¿Por qué, entonces, ha de ser nuestra predicación menos ferviente, nuestros llamados menos afectuosos, nuestra insistencia menos urgente? Estamos un poco más distantes de la eternidad, eso es todo. El tiempo puede ser un poco más largo de lo que era entonces, pero apenas muy poco. Sus cuestiones eternas todavía son tan trascendentales, tan inmutables como entonces. ¡Ciertamente es nuestra incredulidad lo que es distinto! Es la incredulidad lo que causa que los pastores sean tan fríos en su predicación, tan perezosos para visitar, y tan deficientes en todos sus deberes sagrados. Es la incredulidad lo que enfría la vida y constriñe el corazón. Es la incredulidad lo que causa que los pastores manejen las realidades eternas con tanta irreverencia. Es la incredulidad lo que los deja subir con tanta liviandad a “ese terrible lugar, el púlpito” para hablarles a seres inmortales acerca del cielo y el infierno.

Escuche una de las súplicas de Richard Baxter: “Me pregunto cuando he escuchado temas de tanto peso, ¿cómo puede la gente abstenerse de clamar durante la predicación? Aún más ¿cómo puede quedarse tranquila y no acudir a sus pastores para saber qué deben hacer? ¡Oh, el cielo y el infierno ya no les preocupan más a los hombres! ¡Oh, la eternidad no les interesa más! ¡Oh, cómo podemos, cuando estamos solos, evitar pensar en que estaremos para siempre en gozo o en tormento! ¡Me pregunto cómo tales pensamientos no interrumpen nuestro sueño, ni nos vienen a mente cuando estamos cumpliendo nuestras labores! ¡Me pregunto cómo podemos hacer cualquier otra cosa, cómo podemos tener serenidad en nuestra mente, cómo podemos comer o beber o descansar hasta sabernos seguros de tener las recompensas eternas!

“¿Es un vivo o un muerto el que no se ve afectado por cuestiones de esta importancia, que está más dispuesto a dormir que a temblar cuando escucha cómo tiene que comparecer ante el tribunal de Dios? ¿Es un hombre o un terrón de arcilla lo que puede levantarse o acostarse sin verse afectado profundamente por su estado eterno, que puede seguir sus asuntos mundanos sin darle importancia al gran asunto que es la salvación o la condenación, y eso cuando sabe que está muy cerca? Realmente, señores, cuando considero el peso del asunto, me sorprendo de que los mejores santos de Dios sobre la tierra no son mejores, y no hacen más por una situación de tanto peso. Me asombro ante aquellos que el mundo considera más santos que lo necesario, y que desprecian por dar tanta importancia a la eternidad, que pueden hacer a un lado a Cristo y a sus almas dándoles tan poca importancia, que no vuelcan sus almas en cada súplica, que no están más consagrados a Dios, que sus pensamientos no son más serios en prepararse para

rendir cuentas. Me asombro de que no sean cien veces más estrictos en sus vidas, y más laboriosos e incansables para conseguir la corona.

“Listos para temblar”

“En cuanto a mí mismo, cómo me avergüenzo de mi duro e indiferente corazón y del curso lento y poco provechoso de mi vida; también, el Señor lo sabe, me avergüenzo de cada sermón que predico. Cuando pienso de qué he estado hablando, y de quién me envió, y en la salvación o condenación que tiene tanto que ver con todo esto, estoy listo para temblar, no sea que Dios me juzgue por haber desdeñado sus verdades y las almas de los hombres, y no sea que en el mejor de mis sermones sea culpable por la sangre de ellos. Creo que no deberíamos decir sin lágrimas ni una palabra a los hombres acerca de cuestiones de tanta trascendencia, o hacerlo con la mayor seriedad posible. Si no fuéramos culpables del pecado que reprobamos, así sería”.

No somos serios ni en predicar ni en escuchar. Si lo fuéramos, ¿podríamos ser tan fríos, faltos de oración, tan inconstantes, tan indolentes, tan mundanos, tan diferentes de lo que deberían ser los hombres cuya toda ocupación tiene que ver con la eternidad? Tenemos que ser más serios si queremos ganar almas. Tenemos que ser más serios si hemos de caminar en los pasos de nuestro Amado Señor, o si hemos de cumplir nuestros votos. Tenemos que ser más serios si hemos de evitar ser hipócritas. Tenemos que ser más serios si hemos de acabar nuestra carrera con gozo, y obtener la corona en la venida del Señor. Tenemos que trabajar mientras dura el día, porque la noche viene cuando nadie puede obrar.

